

## LOS DESTERRADOS<sup>1</sup>

## LOS PROSCRIPTOS

MISIONES, como toda región<sup>a</sup> de frontera, es rica en tipos pintorescos. Suelen serlo extraordinariamente, aquéllos que a semejanza de las bolas de billar, han nacido con efecto. Tocan normalmente banda, y emprenden los rumbos más inesperados. Así Juan Brown, que habiendo ido por sólo unas horas a mirar las ruinas, se quedó 25 años allá; el doctor Else, a quien la destilación de naranjas llevó a confundir a su hija con una rata; el químico Rivet, que se extinguió como una lámpara, demasiado repleto de alcohol carburado; y tantos otros que, gracias al efecto, reaccionaron del modo más imprevisto.

En los tiempos heroicos del obraje y la yerba mate, el Alto Paraná sirvió de campo de acción a algunos tipos riquísimos de color, dos o tres de los cuales alcanzamos a conocer nosotros, treinta años después.

Figura a la cabeza de aquéllos un bandolero de un desenfado tan grande en cuestión de vidas humanas, que probaba sus wíncesters sobre el primer transeúnte. Era correntino, y las costumbres y habla de su patria formaban parte de su carne misma. Llamábase Sidney Fitz-Patrick, y poseía una cultura superior a la de un egresado de Oxford.

A la misma época pertenece el cacique Pedrito, cuyas indias mansas compraron en los obrajes los primeros pantalones. Nadie le había oído a este cacique de faz poco india una palabra en lengua cristiana, hasta el día en que al lado de un hombre que silbaba una aria de Traviata, el cacique prestó un momento atención, diciendo luego en perfecto castellano:

<sup>a</sup> Es interesante atisbar las razones del cambio titular. En el primer sustantivo elegido existe una determinación política del poder, que posee mayor intensidad que en el segundo. Sin embargo en «desterrados», se apunta al contenido base del relato: los desposeídos de la tierra, los sin tierra, los alejados de su tierra a la que desean volver.

En muchísimos de sus cuentos y artículos sobre Misiones, Quiroga se refiere a la región empleando el término local «país», que por supuesto no alude a la jurisdicción del Estado que es válida universalmente, sino a una zona determinada de la Argentina: el norte, y en él, la selva.

Misiones, como todo país de frontera, es rico en tipos pintorescos.

Así Juan Brown, que habiendo ido por sólo una tarde a cazar yacús, se quedó 25 años allá;

sobre el primer viandante. Era

—Traviata... Yo asistí a su estreno en Montevideo, el 59...

Yo asistí al estreno

Naturalmente, ni aun en las regiones del oro o el caucho abundan tipos de este romántico color. Pero en las primeras avanzadas de la civilización al norte del Iguazú, actuaron algunas figuras nada despreciables, cuando los obrajes y campamentos de yerba del Guayra se abastecían por medio de grandes lanchones izados durante meses y meses a la sirga contra una corriente de infierno, y hundidos hasta la borda bajo el peso de mercancías averiadas, charques, mulas y hombres, que a su vez tiraban como forzados, y que alguna vez regresaron solos sobre diez tacuaras a la deriva, dejando a la embarcación en el más grande silencio.

forzados, y que alguna vez regresaron solos a la deriva,

De estos primeros mensús formó parte el negro Joao Pedro, uno de los tipos de aquella época que alcanzaron hasta nosotros.

Joao Pedro había desembocado un mediodía del monte con el pantalón arremangado sobre la rodilla, y el grado de general, al frente de 8 o 10 brasileños en el mismo estado que su jefe.

En aquel tiempo —como ahora,— el Brasil desbordaba sobre Misiones, a cada revolución, hordas fugitivas cuyos machetes no siempre concluían de enjugarse en tierra extranjera. Joao Pedro, mísero soldado, debía a su gran conocimiento del monte su ascenso a general. En tales condiciones, y después de semanas de bosque virgen que los fugitivos habían perforado como diminutos ratones, los brasileños guiñaron los ojos enceguecidos ante el Paraná, en cuyas aguas albeantes hasta hacer doler los ojos, el bosque se cortaba por fin.

Sin motivos de unión ya, los hombres se desbandaron. Joao Pedro remontó el Paraná hasta los obrajes, donde actuó breve tiempo, sin mayores peripecias para sí mismo. Y advertimos esto último, porque cuando un tiempo después Joao Pedro acompañó a un agrimensor hasta el interior de la selva, concluyó en esta forma y en esta lengua de frontera el relato del viaje:

hasta el interior, concluyó en esta forma el relato del viaje:

—Después tuvimos um disgusto... E dos dois, volvió um solo.

Durante algunos años, luego, cuidó del ganado de un extranjero, allá en los pastizales de la sierra, con el exclusivo objeto de obtener sal gratuita para cebar los barreros de caza, —y atraer tigres. El propietario notó al fin que sus terneras morían como expufeso enfermas

en lugares estratégicos para cazar tigres, y tuvo palabras duras para su capataz. Este no respondió en el momento; pero al día siguiente los pobladores hallaban en la picada al extranjero, terriblemente azotado a machetazos, como quien cancha yerba de plano.

También esta vez fue breve la confidencia de nuestro hombre:

—Olvidóse de que eu era como ele... É canchel o francéis.

El propietario era italiano; pero lo mismo daba, pues la nacionalidad atribuída por Joao Pedro era entonces genérica para todos los extranjeros.

Años después, y sin motivo alguno que explique el cambio de país, hallamos al ex general dirigiéndose a una estancia del Iberá, cuyo dueño gozaba fama de pagar de extraño modo a los peones que reclamaban su sueldo.

Joao Pedro ofreció sus servicios, que el estanciero aceptó en estos términos:

—A vos, negro, por tus motas, te voy a pagar dos pesos y la rapadura. No te olvidés de venir a cobrar a fin de mes.

Joao Pedro salió mirándolo de reajo; y cuando a fin de mes fue a cobrar su sueldo, el dueño de la estancia le dijo:

—Tendé la mano, negro, y apretá fuerte.

Y abriendo el cajón de la mesa, la descargó encima el revólver.

Joao Pedro salió corriendo con su patrón detrás que lo tiroteaba, hasta lograr hundirse en una laguna de aguas podridas, donde arrastrándose bajo los camalotes y pajas, pudo alcanzar un tacurú que se alzaba en el centro como un cono.

Guareciéndose tras él, el brasileño esperó, atisbando a su patrón con un ojo.

—No te movás, moreno —le gritó el otro, que había concluído sus municiones.

Joao Pedro no se movió, pues tras él el Iberá borbotaba hasta el infinito. Y cuando asomó de nuevo la nariz, vio a su patrón que regresaba al galope con el wíchester cogido por el medio.

Comenzó entonces para el brasileño una prolija tarea, pues el otro corría a caballo buscando hacer blanco en el negro, y éste giraba a la par alrededor del tacurú, esquivando el tiro.

... É chancel o francéis.

El propietario era italiano; pero lo mismo daba.

Años después

borbotaba de plano hasta el infinito.

—Ahí va tu sueldo, macaco<sup>b</sup> —gritaba el estanciero al galope. Y la cúspide del tacurú volaba en pedazos.

Llegó un momento en que Joao Pedro no pudo sostenerse más, y en un instante propicio se hundió de espaldas en el agua pestilente, con los labios estirados a flor de camalotes y mosquitos, para respirar. El otro, al paso ahora, giraba alrededor de la laguna buscando al negro. Al fin se retiró, silbando en voz baja y con las riendas sueltas sobre la cruz del caballo.<sup>c</sup>

En la alta noche el brasileño abordó el ribazo de la laguna, hinchado y tiritando, y huyó de la estancia, poco satisfecho al parecer del pago de su patrón, pues se detuvo en el monte a conversar con otros peones prófugos, a quienes se debía también dos pesos y la rapadura. Dichos peones llevaban una vida casi independiente, de día en el monte, y de noche en los caminos.

Pero como no podían olvidar a su ex patrón, resolvieron jugar entre ellos a la suerte el cobro de sus sueldos, recayendo dicha misión en el negro Joao Pedro, quien se encaminó por segunda vez a la estancia, montado en una mula.

Felizmente —pues ni uno ni otro desdeñaban la entrevista,— el peón y su patrón se encontraron; éste con su revólver al cinto, aquél con su pistola en la pretina.

Ambos detuvieron sus cabalgaduras a veinte metros.

—Está bien, moreno —dijo el patrón.— ¿Venís a cobrar tu sueldo? Te voy a pagar en seguida.

—Eu vengo —respondió Joao Pedro,— a quitar a vocé de en medio. Atire vocé primeiro, e nao erre.

— Me gusta, macaco. Sujétate entonces bien las motas...

—Atire.

—Pois nao? —dijo aquél.

—Pois é —asintió el negro, sacando la pistola.

El estanciero apuntó, pero erró el tiro. Y también esta vez, de los dos hombres regresó uno solo.

\* \* \*

<sup>b</sup> Juan Carlos Guarnieri define *macaco*: «Mono pequeño./ Hombre lleno de monerías» (*Nuevo vocabulario campesino rioplatense*, Montevideo: Florensa & Lafon, 1957, p. 114). Se trata de una ostensible forma despectiva de referirse sobre todo en zonas fronterizas a los brasileños y —en especial— a los negros de esta nacionalidad. Quiroga opta en la segunda versión por el término regional.

<sup>c</sup> Un pequeño desliz en la primera versión, solucionado en la segunda, no le hace advertir que si suelta las riendas al caballo, después de la excitación a que estuvo sometido, no se hubiera alejado precisamente en paz, ni tampoco en la dirección que deseara su dueño.

tu sueldo, moreno, —

se retiró, silbando y con las riendas sueltas.

la mitad en el monte, y la mitad en los caminos.

Felizmente, pues ni uno ni la entrevista, el peón

— Me gusta, negrito. Sujétate

El otro tipo pintoresco que alcanzó hasta nosotros, era también brasileño, como lo fueron casi todos los primeros pobladores de Misiones. Se le conoció siempre por Tirafofo, sin que nadie haya sabido de él nombre otro alguno, ni aun la policía, cuyo dintel por otro lado nunca llegó a pisar.

Merece este detalle mención, porque a pesar de haber sorbido nuestro hombre más alcohol del que pueden soportar tres jóvenes fuertes, logró siempre esquivar, fresco o borracho, el brazo de los agentes.

Las chacotas que levanta la caña en las bailantas del Alto Paraná, no son cosa de broma. Un machete de monte, animado de un revés de muñeca de mensú, parte hasta el bulbo el cráneo de un jabalí; y una vez, tras un mostrador, hemos visto al mismo machete, y del mismo revés, quebrar como una caña el antebrazo de un hombre, después de haber cortado limpiamente en su vuelo el acero de una trampa de ratas, que pendía del techo.

Si en bromas de esta especie o en otras más ligeras, Tirafofo fue alguna vez actor, la policía lo ignora. Viejo ya, esta circunstancia le hacía reír, al recordarla por cualquier motivo:

—¡Eu nunca estive na policia!

Por sobre todas sus actividades, fue domador. En los primeros tiempos del obraje se llevaban allá mulas chúcaras, y Tirafofo iba con ellas. Para domar, no había entonces más espacio que los rozados de la playa, y presto las mulas de Tirafofo partían a estrellarse contra los árboles o caían en los barrancos, con el domador debajo. Sus costillas se habían roto y soldado infinidad de veces, sin que su propietario guardara por ello el menor rencor a las mulas.

—¡Eu gosto mesmo —decía— de lidiar con elas!

El optimismo era su cualidad específica. Hallaba siempre ocasión de manifestar su satisfacción de haber vivido tanto tiempo. Una de sus vanidades era el pertenecer a los antiguos pobladores de la región, que solíamos recordar con agrado.

—¡Eu só antigo! —exclamaba, riendo y estirando desmesuradamente el cuello adelante.— ¡Antigo!

En el período de las plantaciones reconocíasele desde lejos por sus hábitos para carpir mandioca. Este trabajo, a pleno sol de verano, y en hondonadas a veces donde no llega un soplo de aire, se lleva a cabo en las primeras horas de la mañana y en las últimas de la tarde. Desde las

la policía, que por otro lado nunca

mesmo, — decía — de lidiar

once a las dos, el paisaje se calcina solitario en un vaho de fuego.<sup>d</sup>

Estas eran las horas que elegía Tirafofo para carpir descalzo la mandioca. Quitábase la camisa, arremangábase el calzoncillo por encima de la rodilla, y sin más protección que la de su sombrero orlado entre paño y cinta de puchos de chala, se doblaba a carpir concienzudamente su mandioca, con la espalda deslumbrante de sudor y reflejos.

Cuando los peones volvían de nuevo al trabajo a favor del ambiente ya respirable, Tirafofo había concluido el suyo. Recogía la azada, quitaba un pucho de su sombrero, y se retiraba fumando y satisfecho.

—¡Eu gusto —decía— de poner os yuyos pes arriba ao sol!

En la época en que yo llegué allá, solíamos hallar al paso a un negro muy viejo y flaquísimo, que caminaba con dificultad y saludaba siempre con un trémulo «Bon día, patrón» quitándose humildemente el sombrero ante cualquiera.

Era Joao Pedro.

Vivía en un rancho, lo más pequeño y lamentable que puede verse en el género, aun en un país de obrajes, al borde de un terrenito anegadizo de propiedad ajena. Todas las primaveras sembraba un poco de arroz —que todos los veranos perdía—, y las cuatro mandiocas indispensables para subsistir, y cuyo cuidado le llevaba todo el año, arrastrando las piernas.

Sus fuerzas no daban para más.

En el mismo tiempo, Tirafofo no carpía más para los vecinos. Aceptaba todavía algún trabajo de lonja que demoraba meses en entregar, y no se vanagloriaba ya de ser antiguo en un país totalmente transformado.

Las costumbres, en efecto; la población y el aspecto mismo del país, distaban, como la realidad de un sueño, de los primeros tiempos vírgenes, cuando no había límite para la extensión de los rozados, y éstos se efectuaban entre todos y para todos, por el sistema cooperativo. No se conocía entonces la moneda, ni el Código Rural, ni las tranqueras con candado, ni los breeches. Desde el Pequirí al Paraná, todo era Brasil y lengua materna, —hasta con los francéis de Posadas.

solitario en un monótono zumbido.

su mandioca, entre un vaho de infierno, y con la espalda

Cuando los peones volvían al trabajo

quitándose el sombrero. Era Joao Pedro. Vivía en

Tirafofo no carpía ya para los vecinos.

<sup>d</sup> La sinestesia de 1925 (dar un sonido por una sensación térmica) provocaba cierto espesor en el discurso realista. De allí su eliminación en 1926.

Ahora el país era distinto, nuevo, extraño y difícil. Y ellos, Tirafofo y Joao Pedro, estaban ya muy viejos para reconocerse en él.

El primero había alcanzado los ochenta años, y Joao Pedro sobrepasaba de esa edad.

El enfriamiento del uno, a que el primer día nublado relegaba a quemarse las rodillas y las manos junto al fuego, y las articulaciones endurecidas del otro, hicieron acordarse por fin, en aquel medio hostil, del dulce calor de la madre patria.

fuego, y las articulaciones del otro,

—E, —decía Joao Pedro a su compatriota, mientras se resguardaban ambos del humo con la mano.— Estamos lejos de nossa terra, seu Tirá... E un día temos de morrer.

—E, —asentía Tirafofo, moviendo a su vez la cabeza.— Temos de morrer, seu Joao... E longe da terra...

Visitábanse ahora con frecuencia, y tomaban mate en silencio, enmudecidos por aquella tardía sed de la patria. Algún recuerdo, nimio por lo común, subía a veces a los labios de alguno de ellos, suscitado por el calor del hogar.

—Havíamos na casa dois vacas... —decía el uno muy lentamente.— E eu brinqué mesmo con os cachorros de papae...

—Pois nao, seu Joao... —apoyaba el otro, manteniendo fijos en el fuego sus ojos en que sonreía una ternura casi infantil.

—E eu me lembro de todo... E de mamae... A mamae moza...

Las tardes pasaban de este modo, perdidos ambos de extrañeza en la flamante Misiones.

Para mayor extravío, iniciábase en aquellos días el movimiento obrero, en una región que no conserva del pasado jesuítico sino dos dogmas: la esclavitud del trabajo, para el nativo, y la inviolabilidad del patrón. Viéronse huelgas de peones que esperaban a Boycott, como a un personaje de Posadas, y manifestaciones encabezadas por un bolichero a caballo que llevaba la bandera roja, mientras los peones analfabetos cantaban apretándose alrededor de uno de ellos, para poder leer la Internacional que aquél mantenía en alto. Viéronse detenciones sin que la caña fuera su motivo, —y hasta se vio la muerte de un sahib.

Juan Pedro, vecino del pueblo, comprendió de todo esto menos aún que el bolichero de trapo rojo, y aterido

por el otoño ya avanzado, se encaminó a la costa del Paraná.

También Tirafofo había sacudido la cabeza ante los nuevos acontecimientos. Y bajo su influjo, y el del viento frío que rechazaba el humo, los dos proscriptos sintieron por fin concretarse los recuerdos natales que acudían a sus mentes con la facilidad y transparencia de los de una criatura.

Sí; la patria lejana, olvidada durante ochenta años. Y que nunca, nunca...

— ¡Seu Tirá! — dijo de pronto Joao Pedro, con lágrimas fluidísimas a lo largo de sus viejos carrillos. — ¡Eu nao quero morrer sin ver a minha terra!... E muito lonje o que eu tengo vivido...

A lo que Tirafofo respondió:

— Agora mesmo eu tenía pensado proponer a você... Agora mesmo, seu Joao Pedro... eu vía na ceniza a casinha... O pinto bataraz de que eu so cuidei...

Y con un puchero, tan fluido como las lágrimas de su compatriota, balbuceó:

— Eu quero ir lá!... A nossa terra é lá, seu Joao Pedro!... A mamae do velho Tirafofo...

El viaje, de este modo, quedó resuelto. Y no hubo en cruzado alguno mayor fe y entusiasmo que los de aquellos dos desterrados casi caducos, en viaje hacia su tierra natal.

Los preparativos fueron breves, pues breve era lo que dejaban y lo que podían llevar consigo. Plan, en verdad, no poseían ninguno, si no es el marchar perseverante, ciego y luminoso a la vez, como de sonámbulos, y que los acercaba día a día a la ansiada patria. Los recuerdos de la edad infantil subían a sus mentes con exclusión de la gravedad del momento. Y caminando, y sobre todo cuando acampaban de noche, uno y otro partían en detalles de la memoria que parecían dulces novedades, a juzgar por el temblor de la voz.

— Eu nunca dije para você, seu Tirá... ¡O meu irmao más piqueno estuvo uma vez muito doente!

O, si no, junto al fuego, con una sonrisa que había acudido ya a los labios desde largo rato:

— O mate de papae cayóse umaz vez de mim... ¡E batióme, seu Joao!

Iban así, riquísimos de ternura y cansancio, pues la sierra central de Misiones no es propicia al paso de los viejos desterrados. Su instinto y conocimiento del bosque

— Seu Tirá — dijo

minha terra... E

— Eu tenía ya pensado proponer a você... Agora mesmo, séu

— quero ir lá... A nossa terra é lá, seu Joao Pedro... A mámae de velho Tirafofo...

El viaje, así, quedó resuelto.

proporcionábales el sustento y el rumbo por los senderos menos escarpados.

Pronto, sin embargo, debieron internarse en el monte cerrado, pues había comenzado uno de esos períodos de grandes lluvias que inundan la selva de vapores entre uno y otro chaparrón, y transforman las picadas en sonantes torrenceras de agua roja.<sup>c</sup>

las picadas fragosas en rumorosas torrenceras de agua roja.

Aunque bajo el bosque virgen, y por violentos que sean los diluvios, el agua no corre jamás sobre la capa de humus, la miseria y la humedad ambiente no favorecen tampoco el bienestar de los que avanzan por él. Llegó pues una mañana en que los dos viejos proscriptos, abatidos por la consunción y la fiebre, no pudieron ponerse en pie.

Desde la cumbre en que se hallaban, y al primer rayo de sol que rompía tardísimo la niebla, Tirafofo, con un resto más de vida que su compañero, alzó los ojos, reconociendo los pinares nativos. Allá lejos vio en el valle, por entre los altos pinos, un viejo rozado cuyo dulce verde llenábase de luz entre las sombrías araucarias.

—¡Seu Joao! —murmuró, sosteniéndose apenas sobre los puños.— ¡E a terra o que vocé pode ver lá! ¡Temos chegado, seu Joao Pedro!

Al oír esto, Joao Pedro abrió los ojos, fijándolos inmóviles en el vacío, por largo rato.

fijándolos inmóviles por largo rato.

—Eu cheguei ya, meu compatricio... —dijo.

Tirafofo no apartaba la vista del rozado.

Tirafofo no apartaba los suyos del rozado.

—Eu vi a terra... E lá... —murmuraba.

—Eu cheguei —respondió todavía el moribundo—.

Você viu a terra... E eu está lá.

—O que é... seu Joao Pedro —dijo Tirafofo— o que é, é que você está de morrer... ¡Você nao chegou!

— O que é... — dijo Tirafofo —  
... Você nao chegou.

Joao Pedro no respondió esta vez. Ya había llegado.

Durante largo tiempo Tirafofo quedó tendido de cara contra el suelo mojado, removiendo de tarde en tarde los labios. Al fin abrió los ojos, y sus facciones se agrandaron de pronto en una expresión de infantil alborozo:

el suelo mojado removiendo

—¡Ya cheguei, mame!... O Joao Pedro tinha razão... ¡Vou con ele!...

<sup>c</sup> Suprime la cacofonía de la primera versión: «fragosas en rumorosas torrenceras de agua roja».

## NOTA

<sup>1</sup> Aparecido originalmente en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 1396, julio 4, 1925, con el título «Los proscritos» (variante que analizamos en la nota (a) al texto). El relato ocupa ocho páginas de la revista y lo acompañan cinco ilustraciones, la primera de ellas registra un dibujo de Quiroga, apunte naturalista donde aparece con mirada algo melancólica, cabello ensortijado y barba y bigotes exuberantes. Todos los dibujos pertenecen a Macaya. Figura como acápite del texto:

«El prestigioso y conocido autor, que tan bien domina el difícil género del cuento, confirma, con nueva producción, sus valores indudables. Quiroga se apodera desde las primeras palabras del ánimo de su lector, el cual es, desde entonces, un devoto de él. La selva no tiene para él misterios: ha sabido arrancarle el alma: y esa selva nuestra, esa selva del Norte desconocida antes para nosotros, tiene ya el cantor, el poeta, esclavo y dueño a la vez de ella.»